

imán. Ni la una ni la otra puede enseñarnos cuanto entra en el círculo de las atribuciones de este objeto; ni las nociones que la física procura, ni las que dá la química, nos enseñan á conocer la poderosa influencia especial y característica, que el magnetismo ejerce sobre el hombre, puesto en relacion con él, y la enérgica virtud curativa que despliega en las enfermedades apropiadas á su modo particular de accion. La química y la física ambas enmudecen cuando se trata de estas propiedades, cuyo descubrimiento deben abandonar á la investigacion y á las esperiencias del médico.

Ahora que está ya bien establecido, que una ciencia no puede, sin hacerse ridícula, jactarse de pretensiones, sobre lo que no puede ser discutido sino por otra ciencia; yo creo que se llegará poco á poco á ser bastante razonable para conocer, que el único encargo de la química es el de separar y el de reunir los elementos químicos de los cuerpos, y que bajo este respeto solamente, puede ser de una utilidad técnica á la farmácia: yo espero que se comenzará á entrever que los medicamentos no existen para ella á título de medicamentos, es decir, de potencias que determinan una mutacion dinámica en el hombre, sino meramente como sustancias químicas, es decir, de cuerpos, de cuya composición y elementos tiene la mision de patentizar la evidencia; que en consecuencia no procura respecto á estos mas que señales puramente químicas, no estando en su poder el ilustrarnos sobre las modificaciones dinámicas del organismo que los mismos

pueden ocasionar, ni sobre las virtudes medicinales y curativas de que cada uno de ellos puede ser dotado (Hasta aquí Hahn. loc. cit).

Considérese, pues, ahora, lo que pueden auxiliar al médico en la averiguacion de la virtud de los medicamentos, ni la tradicion, ni la determinacion á *priori*, aunque se valga para esta última del auxilio de los sentidos del olfato y gusto, y de las nociones que la química y la física pueden suministrarles, y nadie podrá dudar de hoy mas que la materia médica y la terapéutica, que está en boga actualmente, como apoyadas sobre cimientos de tan poca solidez, ofrecen bien mezquinos servicios.

F..... La esperimentacion clínica, como indagatoria de las virtudes medicinales de los cuerpos.

A la cabecera de los enfermos es donde casi exclusivamente se ha intentado indagar, desde muchos siglos á esta parte, las virtudes de los medicamentos; allí es donde se les ha reconoeido el poder de provocar cámaras, orinas, vómitos, sudores, y la propiedad de calmar el dolor. Pero como la alopatía se permite el uso de dosis tan crecidas de los medicamentos, y las repite con tanta frecuencia, quizá no haya una sustancia en toda la creacion, que en manos de aquella no produzca alguna evacuacion, principalmente por vómito ó por cámara, pues nada tiene de extraño, sino que es muy natural, que no pudiendo soportar por mucho tiempo el tubo alimentario la molesta impresion de un agente extraño tan masivo, se rehaga contra él,

lo rechace, y lance fuera de sí por arriba ó por abajo.

El mismo Tártaro emético, el vomitivo por escelencia, de la escuela alopática, aunque es rechazado por vómito cuando se administra á la dosis de un grano, como dicha escuela acostumbra, si se dá preparado homeopáticamente una pequeña parte de gota de la dilucion al decilloneismo, produce otra multitud de fenómenos, mas importantes que el vómito que tambien hace cesar en el enfermo que lo padece, al paso que no tiene lugar de producir aquellos, cuando su administracion excesivamente masiva, hace que sea prontamente eliminado del estómago, que no puede soportar su presencia, ni darle tiempo de desarrollar su accion propia y privativa, que hubiera sido completa, permaneciendo en el estómago el tiempo necesario. ¿No reflexiona la alopátia, que si hubiéramos de condecorar con el título de purgantes y de eméticos á todas las sustancias que, tomadas en cantidad mayor de la que pueden soportar nuestros órganos, son rechazadas de estos por vómitos ó por cámaras; no podríamos, sin injusticia, negar semejante condecoracion á la carne de ternera, bien condimentada, y á cualquier manjar el mas inocente, delicado y nutritivo, puesto que entre todas estas cosas no se hallaria una sola, que comida en una cantidad muy escesiva, no pueda acarrear el vómito, ó la diarrea de indigestion, si ya no provoca uno y otro al mismo tiempo? ¿Seria lícito concluir de aquí, que tales sustancias eran eméticas ó pur-

gantes? Y si en el caso supuesto, tales ingestos puramente nutritivos, son lanzados fuera del cuerpo con semejante precipitacion, cómo podrá la observacion clínica informarnos de las cualidades nutritivas de aquellos, estudiarlas, y asegurarnos de ellas, si no se les da lugar de producirlas?

Hahnemann prefac. á su mat. méd., tomo 1.^o página 5, dice: "Tampoco la enormidad de las dosis que la alopátia emplea, permite que la observacion clínica dé resultados satisfactorios, porque no pudiendo soportarlas el organismo, la naturaleza se desembara de ellas en algun modo, por las evacuaciones que provoca (epistáxis ú otras hemorráguas, coriza, flujo de orina, diarrea, vómito ú sudor). El cuerpo vivo lo espele rápidamente de esta manera, como á los miasmas de las enfermedades contagiosas, cuando debilita y lanza en parte este enemigo por el vómito, la diarrea, hemorroides, hemorráguas, un coriza, convulsiones, salivacion, ú otros movimientos ó evacuaciones. De aquí proviene que la esperimentacion clínica hecha de este modo, no puede dar á conocer los efectos particulares, ni la duracion de accion del emético, de la jalapa, etc., porque se administran estas sustancias en cantidades que fuerzan al organismo á desembarazarse de ellas prontamente; por eso las muy pequeñas dosis que prescribe la homeopatía, producen un efecto inmenso, porque no son tan fuertes, que el organismo se vea precisado á desembarazarse de ellas, por movimientos, en cierto modo revolucionarios, como los de que acabo de hablar."

Aun cuando en algunas sustancias, entre las muchas virtudes medicinales que poseen, se halle la emética, administradas tan masivamente, no pueden ponernos de manifiesto mas que una sola propiedad de cada medicamento, dejándonos en una absoluta ignorancia de todas las otras muchísimas mas de que gozan. Este conocimiento, pues, tan incompleto, reduce á una esfera muy estrecha la accion de los medicamentos, puesto que en el hecho de haber reconocido la virtud purgante, la calmante ú otra en un medicamento, la escuela alopática se para, lo coloca, ó bien en el rango de evacuante, ó bien en el de sedante, sin pasar mas allá, ni cuidarse de si sobre este produce otros efectos, ni considerar que la vida es una sola difundida por todo el organismo, y que no se puede tocar en ningún punto de él, sin que todo el organismo se impresione. No considera que el opio, v. gr., calmante por escelencia en su efecto primitivo, no limita su accion á apaciguar el dolor, ni que él y todos sus semejantes agregan al dolor, que calman momentáneamente una multitud de incomodidades diversas, que se suceden inmediatamente despues de terminada su accion primitiva ó sedante, siempre de corta duracion, sin que jamás este aumento del mal se atribuya al remedio, sino á la enfermedad misma.

A mas de esto, en la práctica ordinaria rara vez se emplea un medicamento solo y sin mezcla, y esto altera, debilita, y otras veces cambia las propiedades de cada parte constituyente de la receta.

Con frecuencia se dispone el alcanfor unido al opio, que recíprocamente se neutralizan. Prueba de la ignorancia en que se está de las propiedades específicas, y de lo poco segura que es la guia de la observacion *ab usu in morbis*, para determinar la accion positiva de los medicamentos. Querer determinar *á priori* el modo con que cada uno de los medicamentos administrados juntos á un enfermo se ha de comportar, es tan ridículo, como querer predecir de un puñado de bolas de villar lanzadas sobre la mesa, el espacio que cada una haya de correr, con qué velocidad, en cuánto tiempo, los ángulos que han de describir, cuántos choques han de recibir, en qué tiempo de su curso, sobre qué cantidad de bola, cuánto cada una de ellas ha de disminuir ó aumentar su velocidad por cada choque, y por último, á qué distancia entre sí han de quedar en reposo; aunque es mas fácil calcular los resultados de semejantes potencias mecánicas, que el de las potencias virtuales.

Por eso es imposible que entre la confusion y mezcla de los varios ingredientes de una receta, se pueda traslucir á cuál de ellos se debe el buen resultado, si alguna rara vez se llega á obtener, ni el malo, cuando la mezcla en lugar de aprovechar, daña, que es lo mas ordinario.

Los médicos modernos han llegado á sospechar, que el uso simultáneo de muchos medicamentos no podía revelar la virtud de ninguno de ellos, y apartándose (dicen) de la rutina vulgar, publican medicaciones practicadas con un solo medica-

mento, como la de la escarlatina por la belladona, de que se ha hablado al principio de este capítulo, porque aunque es verdad que en dicha medicacion, á la belladona se le asocia la agua de canela, tambien lo es, que con esta última no se cuenta para nada, comisionando esclusivamente á aquel vegetal la medicacion, sin que al agua de canela le sea permitido tomar en ella la menor parte, sino permanecer ociosa viendo cómo obra la belladona. El grafito es proclamado por otro escritor, como un medio poderoso de curar él solo las úlceras fistulosas; y para confirmacion de esta virtud, se produce el caso de una curacion debida al grafito solo, sin omitir que con él se habia envuelto el sublimado corrosivo, bien que á esta sustancia no se puede atribuir el honor de la curacion (se dice), pues habia sido administrada antes en el mismo caso, y nada habia hecho (Diario de med. práct de Hufeland, noviembre de 1815, pág. 40). En vano intenta el autor de esta observacion escusar la union del sublimado al grafito, que, segun él mismo, solo le habia concedido lugar en la receta á título de adyuvante. Para admitir tal modo de razonar, era preciso creer que los medicamentos obran segun las órdenes que reciben del médico, y no conforme á sus propiedades fisicas, naturales, sustanciales, subjetivas. ¿Puede llevarse mas lejos la arbitrariedad y las pretensiones? ¿Qué hombre de buen sentido, atribuirá una obediencia tan servil á las sustancias medicinales, cuya accion es reglada por las leyes eternas de la naturaleza? Si el autor quería averi-

142
30
172

guar si el grafito era poderoso contra dichas úlceras, y convencer de ello al lector, debia haberlo dado solo, pero agregándole el sublimado, este no podia menos de obrar segun su naturaleza, á pesar de las órdenes del médico.

¿Qué fé merece la materia médica de la escuela ordinaria, cuando asigna á los medicamentos virtudes deducidas de la esperimentacion en el enfermo? ¿Qué se debe decir á los que alaban los medicamentos en tal ó cual enfermedad, cuando no se apoyan mas que en observaciones como estas? Toda virtud atribuida á un medicamento que jamás ha sido empleado solo y sin mezcla, es una ilusion una mentira.

Otra prueba de la infidelidad de la determinacion de las virtudes medicinales *ab usu in morbis*, está en las circunstancias de la enfermedad misma. Se sabe que una sustancia no es medicinal, sino en virtud de la propiedad que tiene de provocar un cambio en el organismo, de desharmonizarlo, produciendo en él síntomas de enfermedad artificial. Pero como la escuela alopática desconoce la esperimentacion de los medicamentos sobre el hombre en salud, tampoco puede tener conocidos los síntomas patogenéticos que aquellas sustancias son capaces de producir en el organismo sano, ni por consiguiente distinguir estos síntomas artificiales de los naturales, propios de la enfermedad, presentados unos y otros en el mismo enfermo, modificado en ambos sentidos, es decir, por los de la enfermedad natural, y por los de la enfermedad artificial ó medica-

mentosa. Introducido, pues, el medicamento en el organismo, desarrollando sus síntomas artificiales en medio de los naturales de la enfermedad existente de antes, resultará una confusión para el alopata, que no conoce los del medicamento; confusión que no le permitirá distinguir los que son propios de él, de los que se deben á la enfermedad, contra que aquellos se han dirigido.

Se vé todos los dias á los antiflogísticos, los derivativos, los antiespasmódicos, que unas veces alivian y otras agravan la enfermedad, ignorando la alopatía las condiciones, bajo cuya influencia sucede lo uno ú lo otro: para orillar esta incertidumbre, interroga á la esperimentacion clínica, y esta nada de cierto le responde, porque la pregunta mal, porque no sabe preguntarla. Se supone generalmente lo que no es, que las enfermedades son conocidas porque se les ha dado un nombre arbitrario, bajo el cual se han colocado en una nosografía, en que individualidades morbosas muy distintas, se confunden bajo una misma denominacion. De aqui nace la creencia, de que porque una sustancia medicinal ha sido útil en un caso dado, forzosamente lo ha de ser tambien en todos los demas del mismo orden nosológico; suposicion que la esperiencia viene pronto á desmentir.

Aun cuando estos vicios de clasificacion no concurriesen á esterilizar la esperimentacion *ab usu in morbis*, no por eso se habian vencido todas las dificultades, puesto que las propiedades de cualquiera cuerpo no pueden conocerse, mientras que este

cuerpo no sea estudiado en sí mismo, sin mezcla de otro elemento capaz de alterar el resultado, y en la investigacion de que hablamos, la enfermedad es un elemento extraño, que á cada momento está sufriendo alteraciones segun sus diversos períodos, y las diversas horas del dia. Aunque se me diga que, dada una enfermedad, se conocerán *á priori* todas sus mutaciones por un médico instruido, responderé que bueno seria, pero que no sucede asi. Atendiendo á las complicaciones posibles de toda enfermedad contra la que se administra un remedio desconocido, para conocer las propiedades del mismo, y suponiendo que estas mutaciones acaecen poco despues de la administracion del medicamento, nunca la alopatía las atribuye á este, sino á la enfermedad, cuya actividad (dice) se ha hecho superior al remedio, y sigue progresando á pesar de su administracion. Como no conoce los efectos puros de los cuerpos de la naturaleza sobre el organismo sano, no puede tampoco reconocerlos en el enfermo, y los califica de progresos del estado morbozo que tiene á la vista.

Mas es, que aunque no viniesen á esterilizar, como se ha visto, la esperimentacion *ab usu in morbis*, ni la exorbitancia de las dosis alopáticas, ni la polifarmacia, ni la mala clasificacion de las enfermedades, ni finalmente, las circunstancias que acompañan á estas mismas, aunque nos supongamos que cambiando de rumbo, comenzasen desde ahora á no prescribir sino un solo medicamento á la vez, contra un estado morbozo determinado, sin turbar,

ni interrumpir la acción de aquel, con dosis del mismo ó de otro, reiteradas fuera de tiempo; con todo, el método de experimentación *ab usu in morbis*, usado exclusivamente de este modo, sería tan tardío, que regularmente la celebración del juicio final se vería antes que la averiguación positiva, de lo que cada medicamento era capaz de curar; porque, á pesar de todo este escrúpulo en el procedimiento, este no podía ofrecer mas que dos medios de averiguar la virtud positiva de los medicamentos; el uno consistiría en ensayar todos los medicamentos uno despues de otro, en un solo caso de enfermedad, á fin de descubrir cuál era aquella en que ejercía una acción verdaderamente saludable; el otro consistiría en administrar un solo medicamento, y siempre el mismo, contra todas las enfermedades, para ver á cuál de ellas curaba de un modo constante, seguro y completo. Si consideramos en seguida que el hallazgo de tres solos específicos, y hallazgo á medias y menos, ha costado á la escuela médica ordinaria treinta siglos de experiencias, no por un médico solo, como en la suposición antecedente, sino por millones de observadores médicos y legos; en todos tiempos y en todas regiones convendremos, en que si para el hallazgo de los tres enunciados específicos, han sido necesarios tres mil años, á proporcion para el hallazgo ú averiguación de las propiedades terapéuticas verdaderas de doscientos medicamentos, que, sin embargo, formarían un caudal terapéutico demasiado mezquino, se necesitarían dos mil

ó mas siglos, y hasta entonces.....?

Despues de tantos siglos que la escuela médica ordinaria ha tenido que esperar la posesion de tan poco numerosos específicos, todavía estos pocos los debe en gran parte, ó acaso únicamente, á la medicina vulgar, y sin embargo, forman todo el inventario de las verdades que contienen los multiplicados é inmensos volúmenes de la materia médica ordinaria. Para su adquisición no se ha visto el hombre en la necesidad de ejercer su juicio: no tuvo mas que hacer que ensayar una tras otra, cuantas sustancias se le venían á la mano. El tiempo y el acaso han sido los solos elementos de estos descubrimientos.

La escuela médica ordinaria (L. Simon) en todos tiempos ha sentido profundamente la necesidad, de que cada enfermedad presentase una forma fija y estable, para poder hallar un medicamento que oponer á cada enfermedad con buen éxito, persuadida de que para que haya una manera constante de satisfacer una necesidad, se requiere que esta necesidad tambien sea en sí misma constante. Era necesario (dice esta escuela) que todas las enfermedades se presentasen bajo ciertas formas determinadas, para que se pudiese esperar hallar un remedio seguro contra cada una de ellas, ensayando sucesivamente todos los medios de que se podía disponer. Se creyó un tiempo en la posibilidad, de poder llegar á presentar todas las enfermedades bajo formas fijas y determinadas. Para conseguirlo, se tuvo á bien tomar en el inmenso número de todas

nuestras enfermedades, las formas que mas semejanza guardaban entre sí bajo ciertas consideraciones, dar á cada una de ellas el nombre de género, y á cada reunion de estos, que al parecer guardaban mas analogía unos con otros, el de clase. Asi fue como se construyeron las clasificaciones nosológicas: asi fue como reuniendo los innumerables casos de enfermedades á un número limitado de formas morbosas, asignando á cada una de ellas un tratamiento igual para todas las especies que abrazaba, sin embargo de las diferentes anomalías que cada estado patológico ofrece, con la necesidad de un tratatamiento peculiar á cada uno, y sin reflexionar, que no porque el médico se recree en formar ideas falsas de la naturaleza, esta no ha de cambiarse por complacerle. A pesar de todos estos trabajos, tales creaciones fantásticas y contra naturaleza, no podian tener un remedio fijo cada una, porque no se pueden concebir armas reales contra fantasmas.

Tal es la imperfeccion, impureza, y aun nulidad de todos los medios que la escuela médica ordinaria tiene á su disposicion, para llegar al conocimiento de los instrumentos de su oficio. ¿Qué se diría de un carpintero que no supiese para qué era buena la azuela, la garlopa, la gubia, el bedano, el guillame, etc.? ¿Qué, del que entrando en el taller del escultor, tomase varias herramientas, y empuñándolas juntas, golpease con todas ellas á la vez una estatua principiada? Sin embargo, pues, de lo irracional de estas dos ocupaciones, la primera

recuerda la conducta del médico, que usa de medicamentos cuya virtud ignora; la segunda se asemeja al proceder del mismo médico, que sobre desconocer la virtud de las sustancias medicinales, hace entrar varias de ellas en una misma receta, con que maltrata al pobre enfermo. En todo el contenido de este capítulo ¿hay algo exagerado? Dígalo de buena fé la misma escuela ordinaria. Señálole.

CAPITULO VI.

De la esperimentacion pura.

Si la alopatía no puede sacar algun partido de sus medios de indagar la virtud de los medicamentos, la homeopatía posee el criterio seguro de evidenciar el modo, con que cada uno de aquellos se comporta con el organismo; hasta tiene el poder de utilizar en muy alto grado la esperimentacion clínica, tan inútil para la alopatía.

En el hecho de haber descubierto la casualidad los tres específicos que la escuela alopática posee, aunque su hallazgo haya costado tres mil años de investigaciones, la recta razon persuade, que la ley natural que forma la especificidad de aquellas tres sustancias, no existe para ellas solas, y por consiguiente, que la Sabiduría infinita ha de haber puesto entre nosotros un específico seguro, para la curacion de cada estado morbozo, que á cada momento puede asaltarnos; toda la dificultad está en